

Coordenadas de este libro

El campo de investigación de la comunicación, sin ninguna duda, crece, y lo hace aceleradamente; si así sucede es porque sencillamente la transformación social, el tránsito hacia la llamada sociedad de la información o sociedad de redes se complejiza, dinamiza y expande. Ahí, cada vez más, los procesos mediáticos y comunicativos articulan otros, así como fenómenos sociales, al tiempo que fomentan la aparición de realidades antes inexistentes. Estas transformaciones no son gratuitas ni neutrales, y reclaman una explicación cada vez más puntual, exhaustiva y clara para comprender sus impactos y causas en su amplia dimensión. En ese sentido, el campo de la comunicación y sus prácticas académicas e intelectuales comienza a ser un espacio de pensamiento que tiende a sustituir la especulación por la empiria, y la intuición reflexiva por la producción práctica de sentido, apoyándose así, cada vez más, en las actividades investigativas de diferentes tipos.

Justamente desde esa necesidad, desde la búsqueda de orientaciones más sólidas y realistas, ofrecemos este libro como una guía que fortalezca la formación investigativa, sobre todo de los profesores y estudiantes de la comunicación más jóvenes, proporcionándoles una estructura explicativa que traspase los límites de lo básico, pero sin complicaciones innecesarias, basándonos en ejemplos claros, puntuales y sistemáticos sobre el proceso de producción de conocimientos en el campo de la comunicación, pero que contengan una densidad conceptual sólida, especializante y consistente.

Con ese objetivo, este libro ha sido diseñado en tres grandes apartados, que pueden estudiarse por separado, pero que tienen una continuidad explicativa, temática y práctica. En el primer apartado, que corresponde al primer capítulo, hemos querido trazar un horizonte amplio y general sobre el proceso de investigación en ciencias sociales, que incluye una revisión al panorama de la epistemología, la metodología y las áreas concomitantes en la producción social de conocimientos, tal como el de la producción teórica y la relación estructural entre sí. Esta parte fue pensada como una introducción al tema para todos los que proceden de cualquier ciencia, campo o disciplina social, que pueden prescindir, si así lo desean o necesitan, de la segunda parte, en tanto que para los interesados en el desarrollo y aplicación de estas propuestas y conceptos al campo de las ciencias de la comunicación sirva como un referente previo en el que se instrumenten y concreten objetos y miradas propias a diferentes fenómenos actuales e históricos que nos ocupan y preocupan.

El segundo apartado, perteneciente al segundo capítulo, se enfoca en la construcción de un protocolo de investigación en el que destaca la construcción de un objeto de estudio como meta de un ejercicio sistemático de investigación, en tanto que el tercer apartado engloba todos los subsiguientes capítulos y es un intento por ampliar la mirada en torno a las tendencias de investigación cualitativa en relación con objetos comunicacionales tradicionales y de difusión, las cuales consideramos más novedosas y útiles hoy en día.

La preocupación por el poder en los medios, las estrategias de intervención frente a los consumos mediáticos y las realidades emergentes que aparecen con los medios y pantallas interactivas ocupan un lugar importante en la ejemplificación de los procesos investigativos de cuño cualitativo.

Entre otras cosas, conviene decirlo, este libro es, en parte, una reformulación ampliada, re proyectada y puesta al día de *La investigación en comunicación desde la perspectiva cualitativa*, escrito por Guillermo Orozco en 1997 (ya con dos reediciones), si bien el presente es otro libro, bastante distinto, en tanto que el objetivo central a la hora de concebirlo como proyecto ha sido la estimulante tarea de realizar un balance entre lo viejo y lo nuevo, y a partir de ello poner en el centro las miradas que hoy consideramos más pertinentes y urgentes, mantener vivo lo esencial, alertar de peligros que ya hemos experimentado antes y ofrecer nuevas rutas de entrada hacia el fascinante (y muchas veces caótico) universo de los fenómenos comunicativos de nuestra época.

Acerca de la investigación: lo que aquí entendemos y proponemos

Muy comúnmente el primer acercamiento de los estudiantes de comunicación (y otras ciencias o disciplinas sociales) a la investigación es a partir de cursos de metodología, investigación aplicada o el desarrollo de proyectos de intervención. Dado que tanto licenciaturas como maestrías tienen una agenda cada vez más apretada en el currículo formativo y la imposición de criterios prácticos sobre la formación de competencias en distintos niveles, este primer encuentro suele ser intensivo, sintético y a veces demasiado corto, con lo cual quedan entonces grandes dudas sobre el proceso de investigación. Entendiendo este problema y queriendo darle una solución funcional, este libro arranca con el proceso de investigación en ciencias sociales, con el objetivo de desplegar para el estudiante de licenciatura y posgrado en disciplinas sociales (particularmente en el área de comunicación y medios) un panorama totalmente pragmático del proceso de investigación, intentando ofrecerle ejemplos sencillos y

cotidianos aunque vertebrados por una visión de la complejidad del proceso.

La investigación social como develadora de opacidades

Vivimos en un mundo donde las cosas nos parecen naturales, dadas y lógicas. Como gente de la calle, no nos cuestionamos si existe un contrato implícito de retribución al hacer o recibir un favor, o si la percepción del riesgo es una construcción socialmente determinada; sencillamente, vivimos “la realidad”, pero ¿qué es la realidad? Justamente al formularse esa pregunta es cuando aparecen las ciencias sociales, haciéndonos saber que la realidad no es tan natural como parece y que el mundo en que vivimos e interactuamos con otros está plagado de contradicciones, espejismos y contrasentidos que no vemos, y es ahí también donde estas ciencias sociales comienzan a actuar para intentar explicar cómo funciona lo que obviamos, pero que en realidad desconocemos.

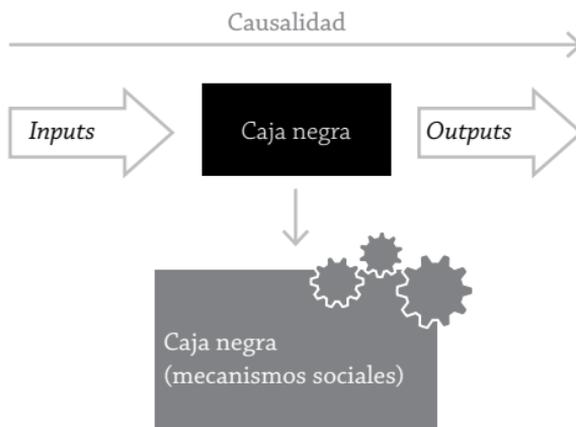
Como gente de la calle sabemos que las personas que caminan y hablan junto a nosotros quieren comprar y consumir, pero desconocemos qué razón tan poderosa les lleva a arriesgar un salario mensual por adquirir unos zapatos deportivos de marca o a gastar tres horas de su tiempo productivo en ver un refrito televisivo que ya han visto seis veces antes. En ese sentido, para el científico social la vida cotidiana es una *caja negra*, un cajón oscuro por dentro y opaco por fuera que oculta en su interior los mecanismos que nos hacen ser como somos y actuar como actuamos.

Para dar razón de ello, las distintas ciencias y disciplinas sociales se basan en la investigación científica, procedimiento de producción de conocimientos objetivos que intenta ver lo que hay allá afuera (*inputs* o insumos), desmontar esa caja, examinar y aislar sus mecanismos (averiguación) y ver los resultados de su operación (*outputs* o resultados). En ese

sentido, la investigación social científica intenta obtener *causalidades*, o lo que es lo mismo, identificar las relaciones que conectan una causa con un efecto.

Como iremos viendo en lo sucesivo, este proceso es complejo y sistemático, y compromete al investigador, a cambio de revelar los secretos de la alquimia social, a seguir un orden en sus pasos y a ser perspicaz, cuidadoso, creativo e intuitivo.

La investigación social como develadora de opacidades



La construcción de conocimientos y la mirada epistemológica

El problema central en la investigación científica es el de la producción de *conocimientos válidos*, si bien el problema es definir, justamente, *qué lo es y qué no*; de hecho, muchos estudiantes e investigadores jóvenes suelen pensar que la única manera de producir este tipo de conocimientos es a través del llamado “método científico”, en tanto que creen que todo lo otro es alguna forma apócrifa, inválida o débil de conocimiento. Esta percepción, como veremos, es errónea, pues

la potencialidad y organización de nuestras estructuras cognitivas, tanto individuales como sociales, permiten la construcción y utilización de diferentes sistemas de producción de conocimientos, si bien lo que hay que reconocer es que existe una diferencia básica en la forma en que se producen y el para qué son potencialmente útiles estos conocimientos diferenciados; probablemente el mejor ejemplo para ilustrar este punto sea la oposición tradicional entre los sistemas *científico* y *filosófico*, los cuales suelen enfrentarse entre sí cuando llega el momento de las argumentaciones.

La respuesta radica en entender que, aunque ambas son actividades de producción de conocimientos, la filosofía es una actividad eminentemente especulativa (es decir, reflexiva), en tanto que la científica es esencialmente empírica (o lo que es lo mismo, que busca su validación en la comprobación de los hechos para entonces corroborar o anular una o varias hipótesis).

Dicho de otra forma y de manera simplista, mientras el filósofo se preocupa por construir explicaciones posibles sobre el mundo y su funcionamiento, pero no por comprobarlas, el científico tiene como eje de su práctica justamente la verificación de esas explicaciones. En ese sentido, como ha sido común en la historia de la filosofía y las ciencias sociales, una explicación propuesta desde algún área de la filosofía puede exportarse y ponerse a prueba desde la mirada científica para intentar probar su validez objetiva o empírica, y entonces ponerla o no a funcionar como un marco explicativo solvente sobre fenómenos de distinta índole, pero también a la inversa, no siendo pocos los casos en que desarrollos teóricos de las ciencias sociales han servido de importantes insumos a la filosofía.

En esta relación clásica y productiva (aunque a veces conflictiva) entre filosofía y ciencia, aparece justamente un

concepto no siempre claro, el de *epistemología*. Como se verá en este apartado, aquél es un concepto que gratuitamente se ha prestado a grandes confusiones, haciéndosele sinónimo de nociones como metodología, ciencia o método. Decimos que la confusión es gratuita, puesto que el concepto epistemología es bastante autónomo, autoexplicativo y claro si es visto desde donde surge, siendo que el problema sobreviene cuando no se le busca y dimensiona en sus orígenes, que es, como decíamos, en la relación entre la actividad filosófica y la científica.

Desde aquí definiremos la epistemología como el área de la filosofía (y, por ende, una actividad reflexiva) que se ha preocupado por explicar qué es y cómo se produce el conocimiento de manera objetiva.

Otros términos que se le asocian, asimilan y comúnmente también se confunden son los de teoría del conocimiento y gnoseología, ambos emparentados, aunque no sinónimos. La llamada teoría del conocimiento, más que un dominio unificado de posturas sobre éste, es un horizonte plural, heterogéneo y fragmentado de proposiciones sobre el conocimiento, entre las que se encuentran variantes filosóficas y científicas (como las distintas ciencias cognitivas y diversas corrientes de estudio filosófico sobre el lenguaje), en tanto que la gnoseología se presenta como un conjunto de posturas interesadas, a su vez, por las distintas opiniones que sobre el conocimiento tienen los distintos sistemas filosóficos históricos (Vázquez, 1984: 13).

Tras esta explicación, y entendiendo entonces la epistemología como la preocupación reflexiva por la producción de conocimientos objetivos, expondremos que toda operación epistemológica (es decir, que intente explicar qué es el conocimiento o la forma en que éste se produce objetivamente), contempla sistemáticamente al menos tres

elementos en constante interacción, y que dan lugar a las relaciones epistemológicas (detalladas más adelante):

1. El sujeto (quién conoce).
2. El objeto (lo que es conocido).
3. Las categorías (mediaciones que determinan las relaciones entre sujeto y objeto, como cualidad, cantidad, etcétera).

En tanto actividad reflexiva sobre el problema del conocimiento objetivo, la epistemología, a partir de distintos autores y a lo largo del tiempo, se ha cuestionado sobre las diferentes relaciones que potencialmente guardan estos tres elementos, sobre la forma en que interactúan y el orden jerárquico que ocupan en el proceso de producción de conocimientos. Algunas posturas, por ejemplo, señalan que el ser humano (sujeto) es capaz de reconocer ciertas cosas en el mundo o de sus relaciones con éstas (objetos y categorías), pero no es capaz de “conocerlo” (es decir, de explicar su funcionamiento); otras posturas afirman que nada es cognoscible y que todo lo que “sabemos”, como sujetos, es una proyección mentalmente construida del mundo en la cabeza de quien “conoce”; en tanto, otro grupo de opiniones se inclinan por explicar que sujeto y objeto son lo mismo, en la medida en que el objeto es capaz de conocer al sujeto y viceversa, lo que da lugar a que los conceptos de sujeto y objeto se modifiquen infinita y simultáneamente en esa inacabable interacción dialéctica. Con todo, aunque toda reflexión es innegablemente legítima, la tendencia general y convencional en la práctica científica actual parte del supuesto de que:

1. El sujeto es capaz de conocer.
2. Que el objeto (la realidad) es cognoscible, aunque su funcionamiento es opaco o poco evidente.

Este hecho requiere desmontar, por medio de *prácticas empíricas*, las relaciones causales que intervienen en su funcionamiento, para entonces obviarlo y volverlo cognoscible.

Visto desde aquí, cuando el sujeto intenta conocer al objeto, la relación aparece como algo opaco, pues es una relación mediada, o lo que es lo mismo, que entre sí verifica la presencia de elementos a los que llamaremos *categorías*, que modifican la forma en que se proyecta esta relación y que no son del todo obvias. Desde esta concepción, las categorías son todas las contingencias contextuales o accidentales que afectan al sujeto y al objeto en su relación, como el tiempo (por ejemplo, ¿cuánto tiempo puede conocer el sujeto al objeto antes de que se modifique?), la cantidad (¿cuántos sujetos conocen a cuántos objetos?), o la cualidad (¿son todos objetos cognoscibles desde la misma postura?). Las categorías, como también se intuye, serían tantas como la realidad posea, aunque en términos prácticos están limitadas por la capacidad que el investigador (sujeto) tenga para dar cuenta de ellas en la realidad que analice.

Con esta perspectiva de fondo, en una investigación, las relaciones epistemológicas son de dos tipos: *relaciones teóricas* y *relaciones metodológicas*. Comenzamos con las teóricas para posteriormente pasar a las metodológicas.

Las relaciones teóricas

Cuando nos acercamos a una realidad que queremos desmontar y analizar científicamente, muy frecuentemente partimos de presupuestos formales sobre esa realidad. Esos presupuestos suelen estar bien organizados y proponen explicativamente una forma de funcionamiento del mundo o de algo en el mundo. A este conjunto de presupuestos organizados lo llamamos *teoría*, y a la forma en que explica las relaciones entre sujetos, categorías y objetos se le denomina *relaciones* o

implicaciones teóricas. En ese sentido, la teoría (o teorías) son relatos o discursos explicativos sobre el funcionamiento de algún aspecto de la realidad, y operan como “atajos cognitivos” que, en lugar de ponernos al inicio de todo, proponen al investigador pistas y acotamientos en su recorrido (que resultarían reales o no, como ya se verá) sobre la naturaleza del fenómeno a estudiar y sus posibles rutas de deconstrucción.

En tanto relatos o discursos explicativos, las teorías se componen de proposiciones que, en conjunto, exponen argumentativamente algún fenómeno. Las proposiciones, a su vez, son enunciados posibles, es decir, lógicos, y se construyen a partir de conceptos o unidades descriptivas mínimas sobre las cualidades de la realidad; así, podemos sintetizar que una teoría es un conjunto de enunciados posibles que, organizados lógicamente y sistemáticamente a través de la concatenación causal de conceptos, describe las operaciones de funcionamiento de alguna parte de la realidad y las relaciones de conocimiento que sobre ésta guardan sujetos, categorías y objetos.

La teoría, una entidad que simultáneamente explica y es explicada

Aunque las relaciones teóricas suelen ser muy útiles para reducir los tiempos y las maniobras cognitivas de producción de conocimientos (pensemos qué tan lenta sería la acumulación de éstos si cada vez que estudiáramos un fenómeno partiéramos siempre de cero), hay que entender que las teorías son propuestas explicativas, y que, como tales, serían falibles o encontrarían límites de validez. De otra manera las teorías, al mismo tiempo que intentan explicar algo, en sí mismas serían objeto de explicación y verificación por parte de otro sistema de producción de conocimientos. Este hecho, aunque de entrada es un poco engorroso de comprender, vale

la pena evidenciarlo, pues es un error usual que a veces llega a costar años de atraso en el aprendizaje de la investigación de los jóvenes estudiantes, pues comúnmente se suele dar por sentado que la teoría sólo sirve para intervenir, como si ésta fuera ajena a la evolución de los sistemas de conocimiento o a la acción de la propia actividad científica (recordemos que la teoría es también un objeto de indagación científica y filosófica, y que esto tiene consecuencias; si nadie hubiera cuestionado la física newtoniana, sencillamente no existiría hoy la física cuántica, y seguiríamos leyendo todo a partir de manzanas que caen). Así, al momento de ser construidas y enunciadas, las teorías llevan implícitas dos condiciones irrenunciables: 1) ofrecer explicaciones posibles y 2) quedar sometidas al posible rechazo o modificación de sus enunciados a través de las operaciones empíricas de comprobación del mismo investigador o de otros.

Esto tiene consecuencias prácticas para quien las elige y las pone a funcionar, pues cuando elegimos una teoría o grupos de teorías es como subirse a un barco: si el barco flota, nos remontamos junto con él, pero si se hunde, también nosotros nos vamos a pique.

Así, cuando usamos una teoría o un grupo de éstas, quizás, a la vez que intentemos explicar el funcionamiento de un hecho, comprobemos o reafirmemos la validez de las proposiciones en las que se basa la teoría y con ello, además, expliquemos parte del fenómeno que queremos analizar, pero también es posible que encontremos un límite o deficiencias de validez en toda la teoría o de algunas de sus proposiciones.

Si esto sucediera, significaría que esos constructos no tenían solvencia teórica suficiente, quedándonos entonces como únicas alternativas rescatar las explicaciones no falsadas, encontrar otras previsiones antes propuestas (que

serían, entonces, otras teorías, y a esta forma de actuar le llamaremos procedimiento deductivo), o bien, comenzar de cero a inferir relaciones a partir de procesos empíricos desde el trabajo de campo y entonces, con base en los datos obtenidos, buscar diferentes relaciones causales entre sí, generar nueva teoría sobre ese fenómeno, aportándole así nuevas explicaciones tanto al campo teórico de ese fenómeno como al fenómeno mismo (y a este procedimiento le llamaremos *procedimiento inductivo*). Recordando las palabras del eminente epistemólogo austriaco Karl Popper, “toda teoría nunca es verdadera, sino sólo momentáneamente no falsa” (Popper, 2005).

Como podemos intuir desde ahora, ya que las teorías y las relaciones teóricas se modifican y aparecen nuevas formas de explicación, es común que una misma realidad se proyecte desde dos o más teorías, y éstas sean mutuamente excluyentes o complementarias. El papel del investigador es, justamente, estudiar a fondo la mayor cantidad de ofertas teóricas disponibles, contrastarlas, encontrar sus falencias, contradicciones, utilidades potenciales e imbricaciones posibles, para entonces elegir una teoría o una combinación de éstas y ponerlas a actuar sobre la realidad que se desea investigar, para entonces, a la vez, intentar producir nuevos conocimientos y, colateralmente, ir normalizando la validez de una teoría.

Teorías y modelos: ¿desarmadores o martillos?

En la literatura científica, pero sobre todo en la no científica, es común encontrar que se confundan los términos teoría y modelo, conceptos que, aunque relacionados, remiten a asuntos distintos. En términos generales, diríamos que un modelo es la abstracción en la que quedan formalizadas un conjunto de relaciones conceptuales sobre una realidad o un fenómeno,

y en ese sentido son esquemas de representación, en tanto que una teoría no sólo representa las relaciones entre sí, sino también las formas en que se construyen esas relaciones. En otras palabras, los modelos son entidades explicativas (dan cuenta de algo mediante la formalización de sus relaciones y luego se esquematizan), en tanto que las teorías son entidades metaexplicativas (o que explican cómo explican lo que explican).

Como se puede adelantar, no suele haber consenso sobre qué teorías son en realidad teoría o acerca de si un modelo lo es formalmente, en tanto que los límites entre uno y otro términos son muy subjetivos. En ese sentido, baste decir que si un sistema explicativo únicamente expone las relaciones formales entre los conceptos que dan razón de una realidad, hablamos de un modelo; mientras que si ese sistema no sólo explica cómo un concepto se une a otro para explicar una parte de la realidad, sino que además construye sus propias explicaciones para obviar las relaciones causales que dan lugar a esas relaciones conceptuales, entonces estamos frente a una teoría.

Al aclarar este punto es importante hacer ver que algunos estudiantes y jóvenes investigadores suelen preguntarse, cuando llegan a obviar este problema epistemológico, qué es mejor: si utilizar una teoría o un modelo, y en ese mismo orden de ideas la respuesta se ejemplificaría con otra pregunta: qué es mejor ¿un martillo o un desarmador? Y la respuesta depende, como ya nos damos cuenta, de si tenemos que vérnoslas con un clavo o con un tornillo; visto así, la teoría y los modelos son también herramientas cognitivas, son instrumentos prácticos que nos ayudan a mejorar los procesos por medio de los cuales proveemos de explicaciones a la realidad y, como tales, tienen funciones especiales y operativas, pero también límites y especificidades.

Así, tomando el ejemplo del martillo y el desarmador, es claro que si nos empeñamos en meter un clavo con un desarmador o un tornillo con un martillo, lo más probable es que lo logremos al fin de un tiempo, si bien los resultados no serán ni los mejores ni los más prácticos. De la misma manera debe quedar claro que hay fenómenos observables y analizables profunda y limpiamente a través de la aplicación de un modelo, en tanto que ciertos objetos de investigación precisan del alcance solvente de teorías.

Como guía práctica, digamos que utilizar grandes teorías para fenómenos muy acotados es tan útil y práctico como intentar matar una mosca a cañonazos. En ese sentido, algo que ningún manual explica, sino que corresponde a las habilidades que vivencial e intuitivamente debe desarrollar todo investigador, es el desarrollo de la sensibilidad para medir las dimensiones y alcances de los componentes teóricos de una investigación, así como los potenciales tamaños y complejidades de los fenómenos a analizar, quedando claro que, conforme avanza la experiencia del investigador y aumenta su acervo teórico, estos ejercicios de medida y aplicación se van volviendo más claros, precisos y eficaces.

Las relaciones y el problema conceptual de la metodología

Volviendo al punto de partida, y una vez explicadas las relaciones teóricas, vayamos a las relaciones metodológicas. Al igual que las teóricas, las relaciones metodológicas son operaciones epistemológicas que intentan ver las relaciones entre sujetos, objetos y categorías, si bien éstas no están enfocadas en construir explicaciones, sino en aplicarlas para obtener datos sobre la realidad investigada.

Otro problema común cuando se aprende a hacer investigación es la definición del término metodología, que suele

confundirse con conceptos como método, técnica o similares. En nuestra propuesta, orientada a las ciencias sociales, definiremos metodología como la orientación epistemológica en el develamiento de los mecanismos sociales, misma que precisa de métodos, técnicas y herramientas, todas las cuales vemos con detalle en seguida.

Al señalar que se trata de una “orientación epistemológica” en el develamiento de los mecanismos sociales, y al entender que la idea de epistemología se relaciona con la preocupación reflexiva por la producción de conocimientos objetivos, podemos definir a la metodología, entonces, como el conjunto de decisiones coherentes, generales y abstractas que el investigador toma sobre cómo obtener qué tipo de datos de la realidad que investiga, pero los cuales quedarán objetivamente reflejados en los modos en que se acercará a la realidad y obtendrá datos de ésta, con la utilización de métodos, técnicas y herramientas.

En un ejemplo muy sencillo, valga decir que no es lo mismo acercarse a una realidad intentando obtener datos “medibles” (números, ponderaciones, magnitudes) sobre los sujetos sociales que intervienen en una realidad dada, que intentar obtener “perspectivas” o “percepciones”, por parte de estos mismos sujetos, de la realidad en la que habitan o actúan. Esa primera gran diferencia está marcada desde el inicio por una de estas dos orientaciones epistemológicas, que determinan, entonces, la intervención de instrumentos y formas de hacer muy puntuales y correspondientes con cada orientación.

Tomando el ejemplo recién leído, aclaremos que, desde nuestra perspectiva, existen dos grandes tipos de metodología u orientaciones: la cuantitativa y la cualitativa. La cuantitativa es la orientación que reclama la intervención de datos cuantificables o numéricos (cantidades, magnitudes,

proporciones, etc.) y la cualitativa aquella que hace uso de las “percepciones” de los sujetos a los que estudia, es decir, las “cualidades” del mundo desde las representaciones de los sujetos. Como otro ejemplo, valga aclarar que no es lo mismo decir “3 266 001 amas de casa ven la telenovela de las 6:00” que “nuestros sujetos de estudio, algunas amas de casa, creen que los roles de género están muy distorsionados en la telenovela de las 6:00”.

En este sentido es importante puntualizar que la búsqueda de valores métricos (o “datos duros”) en las metodologías cuantitativas no es una elección gratuita o un capricho, sino que responde a la necesidad de ofrecer conclusiones generalizables sobre los fenómenos que analiza más que particularidades “de sentido” sobre aquéllos; pero con esto hay que tener cuidado, pues no siempre es tan claro al momento de diseñar una investigación, pues, aunque podemos cuantificar las opiniones de un grupo social (las encuestas de opinión, por ejemplo), en realidad hablamos de un estudio de tipo cuantitativo y no de uno cualitativo, en tanto que el énfasis no se pone en la profundidad de las opiniones y las interpretaciones que los sujetos ofrecen sobre éstas, sino en la prevalencia estadística de un conjunto de opiniones frente a otras.

Por esta misma razón, y ya que los estudios cualitativos tienden a buscar las causas de los fenómenos en la profundidad de las interpretaciones que los sujetos hacen sobre aquéllos, las investigaciones cuantitativas trabajan con universos muy grandes (sobre los cuales toman muestras representativas como criterio de validación) y las cualitativas con porciones de sujetos o materiales a veces muy pequeños (echando mano, en muchas ocasiones, de la llamada “saturación de una muestra”, procedimiento que se verá más adelante).

Por esta misma razón, a las metodologías cuantitativas también suele llamárseles “metodologías descriptivas” y a las cualitativas, “metodologías interpretativas”.

Integración de métodos cualitativos y cuantitativos en ciencias sociales

En nuestros días aún es común que la división entre metodologías cualitativas y cuantitativas se mantenga de manera radical y diferenciada por disciplinas; así, sabemos que una inmensa parte del campo de las ciencias del comportamiento, por ejemplo, se decanta por metodologías cuantitativas, en tanto que la antropología por cualitativas, pero es importante decir que las cosas van cambiando. Si bien la naturaleza de los datos cuantitativos y cualitativos es muy diferente y los datos sirven para validar o descartar hipótesis de naturaleza distinta, cada vez son más los investigadores que defienden la integración de ambas metodologías.

Tal como argumentamos aquí, la dimensión de los fenómenos sociales se entendería mejor si, al mismo tiempo que se conocen las dimensiones de ese fenómeno, se identifican las explicaciones que los sujetos dan a esas dimensiones (es decir, no quedarse en enunciar el hecho de que N cantidad de amas de casa ven la telenovela de las 6:00 en X canal, o bien que ellas perciben una alta desigualdad en los roles de género que ahí se presentan, sino trascender ambas explicaciones para descubrir realidades del tipo de: N cantidad de amas de casa ven la telenovela de las 6 en X canal, y no la que transmite Y, pues no se identifican con los papeles femeninos representados en esa telenovela).

Gran parte de la ficticia incompatibilidad entre metodologías cualitativas y cuantitativas tiene sus orígenes en el predominio de la ciencia positiva de fines del siglo XIX y principios del XX, la cual hacía referencia directa, sinónima,

a las ciencias naturales (biología, fisiología, geología, etc.), y desde la cual se argumentaba que la ciencia, para serlo, tenía que ser objetiva, es decir, neutra en la producción de sus datos y saberes, y como parámetro de objetividad la ciencia positiva vio en el manejo de datos cuantificables (números) su mejor referente.

Visto así, todo dato que no fuera mensurable, cuantificable y matematizable, pasó a ser visto como una forma inferior de dato o como información de segunda clase. A partir de ahí, dado que las ciencias sociales dejaron ver muy pronto la imposibilidad de tratar una gran mayoría de fenómenos sociales de manera positiva (pocas disciplinas como la geografía humana o la demografía están cerca de este ideal), surgieron las etiquetas de ciencias duras (ciencias naturales) y ciencias blandas (ciencias sociales y cognitivas), quedando el marbete de blando más cercano a lo peyorativo que a lo dignificante, extendiéndose esta percepción al estatus de sus métodos y procedimientos.

Lo que la ciencia positiva no tomó en cuenta en ese momento fue el hecho de que la realidad, así como sus instrumentos, organización e interpretación, son hechos cargados de subjetividad, en los que el investigador, más que negar su subjetividad, tiene que tratar de transparentarla y manejarla dentro de ciertos límites y crear las formas de obtener esos datos, así como dar una lectura y explicación de los datos que supuestamente reflejan esa realidad dejando de ser, en automático, una práctica neutra.

Con todo, desde los años sesenta del siglo pasado, cuando se afirmó la imposibilidad objetivista y positiva de la investigación cuantitativa, empezó a surgir un renovado interés por la investigación cualitativa. Con ésta apareció la llamada “vuelta al sujeto” (Certeau, 1999) y “el giro lingüístico” (Searle, 1997), entre otras manifestaciones que proponían

ver de nuevo el mundo tal como es elaborado a través de los sujetos y su uso del lenguaje.

Justamente en este punto, en el que, como un péndulo que recorre de lado a lado los extremos para luego gravitar hacia el centro, las ciencias sociales empezaron, gradualmente, a tomar conciencia de que, lejos de ser visiones opuestas, son formas de producción de conocimientos altamente *complementarias*, siendo cada vez más común encontrar trabajos que apoyan una investigación cualitativa en la producción de datos cuantitativos y viceversa.

Métodos, técnicas y herramientas: un mismo huevo, muchos desayunos

Para comenzar con este nebuloso y nunca consensuado tema, iniciemos con otra analogía. Imaginemos al cocinero de un restaurante, con una alacena llena de ingredientes y un estante con todos los instrumentos de cocina que se puedan nombrar, listo a las 8:00 de la mañana para comenzar a servir los desayunos.

Con su experiencia de varios años, sabe que de todo lo que hay en el menú, la inmensa mayoría de comensales matutinos pedirá huevos. Como sabemos, los huevos que usará son los mismos que todo mundo usa en sus casas y restaurantes: el típico huevo blanco, de cinco centímetros, que procede de las mismas granjas; huevos que, aunque son los mismos en todas partes, dan lugar a platillos muy diferentes, según el proceso culinario al que sean sometidos y la pericia con que sean cocinados.

Así, cuando un cliente pide el plato de su preferencia, el cocinero tiene que decidir el “cómo”, es decir, “la orientación” sobre lo que quiere obtener. En el momento en que el cocinero elige la orientación, también está implícitamente decidiendo gran parte de los procedimientos e instrumentos

que intervendrán en todo el proceso, los mismos que definirán el producto final. Así, cuando nuestro cocinero imaginario recibe el pedido de unos huevos revueltos (es decir, que forman parte de la orientación culinaria de los “huevos al sartén” y, por lo tanto, sujeta a ciertas reglas o “modos de hacer”) sabe que el huevo irá frito y no cocido, como lo requeriría un desayuno con huevos duros o tibios. Eso le implicará usar una sartén y aceite, y no una olla y agua.

Al igual que nuestro cocinero, el investigador, desde que decide intervenir una realidad, tiene ya una orientación (aunque a veces no lo tenga claro o no lo haga del todo consciente), que le implicará seguir ciertas reglas para obtener algo muy cercano a lo que quiere. Sabe que si tiene que producir un mapa extenso y general de algún fenómeno, tendrá que cuantificar, y eso le implica una orientación metodológica cuantitativa.

Pero volvamos con nuestro cocinero y sus huevos revueltos. Aunque sabe de antemano que en este tipo de platillo los huevos deben freírse, también sabe que no es lo mismo freírlos a fuego lento y con poca mantequilla, que a profundidad y casi nadando en aceite. Si los huevos en cuestión se preparan de la primera manera, piensa, éstos se esponjan e inflan (lo cual es muy deseable en ciertos platillos, pero inaceptable en otros), en tanto que si lo hace de la segunda manera, obtendrá algo más bien crujiente y muy grasoso.

Conociendo al cliente desde hace tiempo, ya que es un comensal frecuente, sabe también que le gustan más bien esponjosos y tiernos, por lo que elige prepararlos de la primera forma. A este proceder, que implica reconocer una orientación general sobre el tipo de resultado que queremos obtener, le llamaremos método, que desde el punto de vista que aquí nos importa se definirá como el conjunto de técnicas (por definir más adelante) que, coherentes con la

orientación de lo que queremos obtener y el uso de determinadas herramientas, permitirán la obtención de un producto particular.

Dentro de la orientación “huevos revueltos”, que ya tiene una forma de hacer muy clara y distinta de la que utiliza la de “huevos duros” o “huevos tibios”, por poner tan sólo dos ejemplos, encontramos al menos dos técnicas de fritura que ya señalábamos: fritura a fuego lento y poca grasa y fritura profunda y con mucho aceite. Así, por técnica entenderemos el uso particular de una herramienta o un conjunto de éstas, en tanto que una herramienta es el dispositivo que permite, en el caso de la investigación, la recolección de datos instrumentables.

De igual manera, el investigador, una vez que tiene clara su orientación, sabe que cuenta con N cantidad de métodos de los que puede disponer, pero sabe también que los resultados del uso de unos u otros (o la combinación de varios) le llevarán a un resultado muy particular y no a otro. En el caso de nuestro investigador cuantitativo, interesado en saber cuántas amas de casa promedio ven la telenovela de las 6:00, transmitida en N canal, sabe que tiene que calcular promedios sobre los universos totales, el método que juzga más conveniente es el del “relevamiento estadístico”, es decir, ir ahí afuera y, con base en una muestra del universo total, obtener un número aproximado de esas amas de casa.

Pero antes de seguir con el investigador, volvamos con nuestro cocinero. Una vez que se le ha pedido un plato de huevos revueltos al estilo esponjoso, sabe que no sólo necesitará una sartén, sino una pequeña con superficie antiadherente, lo que le permite concentrar calor de forma homogénea y el uso de poca grasa. Como vemos, la elección de la orientación y el método también lo remitieron casi automáticamente a un universo particular y limitado de técnicas

(fritura a fuego lento y con poca grasa, en lugar de fritura profunda y con mucho aceite), así como a la elección de sus herramientas (la pequeña sartén antiadherente en lugar de la sartén común).

De igual manera, nuestro investigador cuantitativo, cuando ha elegido hacer un relevamiento estadístico (en lugar de un censo directo, por ejemplo) quedó limitado a un conjunto finito de métodos y herramientas. Como eligió, por cuestiones de financiamiento, llevar a cabo un relevamiento estadístico (pues los censos directos son carísimos), sabe que ha de elegir un método de muestreo que valide su muestra sobre el universo de estudio, por lo que recurre a un muestreo probabilístico aleatorio simple (aunque sabe que lo mejor sería uno aleatorio estratificado, el cual reduciría los errores de muestreo y, por ende, de probabilidad; pero tiene poco dinero y casi nada de tiempo).

En su caso, cuenta también con distintas técnicas para aplicar el método, entre las que, por el mismo criterio práctico, identifica como más útiles dos opciones: encuestas por teléfono o encuestas en la calle. Conocedor del tema cuantitativo, sabe que las encuestas telefónicas, aunque más baratas que las de calle, reducen el universo a las amas de casa que cuentan con una línea de teléfono, además de que implican pérdidas de tiempo enormes (de cada veinte llamadas, en promedio le contestan una, mientras que en la calle, de cada veinte, le contestan seis). Por su parte, sabiendo que lo que requiere puntualmente ahora son datos descriptivos más que explicativos (que le digan cuántas amas de casa ven la telenovela más que el porqué la ven) y que la cuestión de financiamiento es algo que le apremia, confecciona como herramienta una encuesta básica de preguntas cerradas que si bien menos rica, es más fácil de manejar y, por lo tanto, más barata.

Volviendo con nuestro cocinero, las cosas le han salido muy bien. El uso de su intuición, la experiencia acumulada y el conocimiento profundo de su cocina y sus posibilidades se han conjugado para obtener exactamente lo que quería: no sólo unos excelentes huevos revueltos muy esponjosos, sino sobre todo un cliente satisfecho que vuelve a su mesa al menos tres veces por semana, y es que nuestro cocinero sabe que aunque los huevos son los mismos en todas las casas y restaurantes de la ciudad, hay muchos que preparan unos huevos revueltos que ni las mascotas los quieren comer; sabe, a fin de cuentas, que la diferencia radica en poner suficiente atención, empeño y habilidad en los “modos de hacer”.

Los tipos de investigación por su finalidad

Ahora bien, conviene explicar que no toda la investigación tiene la misma finalidad. Pero todas deben tener una y, sobre todo, todo investigador tiene una, como veremos en otra sección de este libro. Hay investigaciones que se realizan para conocer de manera general algo sobre lo que no se ha investigado aún, o sobre lo que existen muy pocos datos, intentando aportar una primera mirada y una primera versión del “mapa” del fenómeno, la cual ayuda a generar, entonces, hipótesis más complejas. A este tipo de investigación le llamaremos “descriptiva” o “exploratoria”, en tanto que su función fundamental es describir cómo es un fenómeno y en tanto que esta descripción se basará en una mirada exploratoria.

Un ejemplo sencillo: pensemos que no es lo mismo estudiar un fenómeno televisivo (en el que la televisión es un medio con muchos años de existencia y con muchos estudios auestas) que uno relativo a la Internet (donde éste se perfila como un medio muy nuevo y en constante cambio, sobre el que desconocemos muchos de sus aspectos).